

Conferencia sobre la lluvia

Juan Villoro
(Fragmento)

*Óyeme como quien oye llover,
ni atenta ni distraída*
Octavio Paz

Un conferencista ante una mesa, con un vaso de agua. Es un hombre enjuto, canoso, de una edad variable entre los cincuenta y los setenta años. Tiene un par de libros con separadores que señalan páginas y una carpeta con hojas revueltas. Por momentos lee, en otros se aparta de las páginas y parece no sólo ignorarlas sino hablar en contra de ellas. Algún detalle en el escritorio revela un uso privado, ajeno al de una conferencia pública. Puede haber ahí una pelota de tenis con la que el conferencista juguetea, un ratón de cuerda, unas galletas. La presencia, en principio desconcertante, de estos elementos domésticos, refuerza el sentido final de la pieza. Lo mismo se puede decir de la vestimenta del conferencista, en cierta forma ajena a un acto público.

CONFERENCISTA: ¡Perdí los papeles! (*revuelve hojas*) Sí, perdí la conferencia. Pido disculpas. Perder los papeles es perder la compostura. No sé qué me sucede; mi vida entera gira en torno al orden. Clasifico una biblioteca, y sin embargo, se me escapan las cosas. Seguiré adelante, puedo hacerlo. Las mejores conferencias son improvisadas. Aunque el que diserta sin guion fijo se mueve en la línea del vértigo. Puede perder la concentración y caer al abismo en la siguiente frase. Nadie piensa en los riesgos del conferencista, en el peligro de tener –de pronto y sin razón alguna– la mente en blanco, o de que un nombre se te escape como se me escapan los objetos. Cuando no son las llaves, es la cartera, o los papeles de la conferencia. ¿Dónde pongo las cosas? O mejor aún: ¿en qué pienso mientras dejo las cosas en un sitio? Coloco la taza de café en la repisa de un librero, pero mi mente está en otro lugar, no registra ese acto poco apasionante pero necesario. La taza de café se esfuma de mi memoria porque en realidad nunca estuvo ahí. ¿Dónde estoy cuando olvido lo que tengo enfrente? Lo peor es extraviar los anteojos. ¿Cómo buscarlos sin ver nada? Acabará reconociendo el mundo a tientas. No busco excusas, seguiré con la conferencia.

No pensaba leer; sino improvisar a partir de un borrador. Necesito anotar el orden de los temas, las citas, los nombres escurridizos. Es un poco como la lista del supermercado. ¿Habré olvidado ahí los papeles? Esta mañana estuve ahí. Llevaba varias hojas, lo recuerdo bien, anotadas por Yola, mi sirvienta. Sí, seguramente tomé todos los papeles y los llevé al súper donde, en ningún momento, pensé en lo que tenía frente a los ojos. Estuve ante un indiscriminado universo de acelgas, detergentes, palmitos y carne molida. Seguramente ahí dejé mis apuntes...

Tal vez no sea tan importante, una conferencia es un laboratorio mental, surge ante los oyentes, y el primer sorprendido es el que habla.

Es bueno que haya perdido los papeles.

El tema de mi charla es la lluvia. Hoy en día hasta un empresario habla

de "lluvia de ideas". Las metáforas se abaratan. No hablaré de "lluvia de ideas". Me interesa entender el agua imaginada por los poetas. Comenzaré lejos, en una Gruta del Origen, el Purgatorio, de Dante.

Después de contemplar el dolor de los iracundos, la gente irritable atrapada dentro de sí misma (con la que, dicho sea de paso, me identifico bastante), Dante habla de la función de la fantasía. Incluso en los peores momentos y en las más duras mazmorras, un impulso nos permite escapar mentalmente, ascender, subir más allá de las rocas y los muros que nos encierran y llegar al cielo para extraerle algo. ¿Qué obtenemos gracias a la alta fantasía? ¡Lluvia! El ser libre modifica el cielo. Extasiado, el que imagina se eleva. En consecuencia, según Dante, "llueve en la alta fantasía", la zona donde el poeta cambia el clima.

Tal vez por eso se me escapan las cosas; no llego a ser poeta, no puedo prestigiar mis olvidos diciendo que estoy pensando en versos, pero algo me aleja de la realidad. Seguramente soy más feliz en mi extravío, el lugar de la alta fantasía, pero el precio es perder los lentes, la taza de café que se enfría en una repisa.

La literatura es un lugar en el que llueve. He dedicado buena parte de mi vida a coleccionar chubascos literarios. Me he quemado las pestañas buscando citas. La frase es arcaica, lo sé. Es más vieja que yo, viene de cuando se leía con velas. Pero las pestañas de los grandes lectores se siguen quemando. Ahora se queman por autocombustión. Arden al advertir la lumbre de los textos. Apenas me quedan pestañas. Dirán que nunca las tuve. Falso: las ofrendé como ofrendé mi vista. Una biblioteca es un banco de ojos. Allí están las miradas que han donado los lectores.

A veces la lluvia es aliada de mis conferencias. En esta ciudad caen tormentas torrenciales. "Llueve como llueve Dios", decía Neruda: "como si saliera la lluvia por vez primera de su jaula".

Hay gente que viene a oírme sólo porque allá afuera llueve y no se quiere mojar. Algunos ya llegan mojados. Los he visto dejar un charquito bajo su silla. Otros sólo vienen a dormirse o por el vino que dan después (en caso de que den vino, o ese líquido rancio, servido en vasos de hospital, que produce cirrosis instantánea).

Se dirige a alguien del público.

¿Quién soy yo para el despistado que trataba de protegerse de la lluvia con un periódico y llega a la sala con un trozo de la sección deportiva embarrado en la mejilla? No me conoce, no se interesa en mis asuntos, pero incluso con esa persona puede surgir un vínculo. La conferencia es un género menor, pero permite que ciertas ideas entren al corazón de los oyentes. Ojo que no digo "la cabeza". Eso sería mucho pedir. Me conformo con que alguien sienta y su corazón lata de otro modo. El corazón tiene derecho a una sorpresa.